



Alonso Zamora Vicente

Tarde de cine

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Alonso Zamora Vicente

Tarde de cine

Las tardes de cine, invierno adentro, ansiedad alargándose, si tendremos sitio, hoy no está numerada, y la lluvia cayendo menuda y terca sobre la cola, los gritos de los vendedores: Blanco y Negro, Nuevo Mundo, para entretenerse en los descansos, Blanco y Negro, Mundo Gráfico, o cajas de golosinas. Paco siempre protesta y gruñe porque alguien se cuele cuando ya va a llegar él a la taquilla, yo espero un poco abobado donde me dijo no te muevas, no te salgas, cuidado con los coches, y aprieto cuidadosamente el paquetito de la merienda, no te lo vaya a quitar algún chico, no lo pierdas, y miro las fotografías de la película, una mujer con dos grandes círculos negros en los ojos, el pelo como un chico, mirando suplicante a un hombre muy gordo que la amenaza con una silla en alto, será el malo, o a lo mejor es ella, vaya usted a saber, yo [92] nunca me entero bien. O un joven, es Polo, ¡Polo!, con una pistola en la mano, acaba de disparar y se están muriendo cuatro o cinco en un bar, uno tira la mesa al caer, y Polo no sabe que por su espalda le acecha un hombre, será de la banda, preparado para amordazarle, a lo mejor se acaba la película ahí, y tenemos que volver al otro jueves para ver cómo se libra, porque es seguro que Polo se libra. Ya tiene Paco las entradas, unos papelitos azules, vamos pronto, no está numerada, no nos toque columna, y corremos, un rato de achuchones mientras abren la puerta, gritos, palabros de esos que no se pueden decir en casa. Cuando el acomodador aparece para descorrer el cierre, un gran griterío se levanta repentino y se calma en seguida, sustituido por un jadear anhelante por entrar. Olor del cine, polvo fino y sin matices, carraspera, olor de cuero y de sudor, de ropa mojada y frío, y la luz tamizada por las altas arañas del techo y las tulipas de los lados, tan rizaditas y con bordes de colorines, y la lucecita roja que brilla constante encima de la puerta: Bar, W. C. Caballeros, Salida de urgencia. Patatas fritas, avellanas tostadas y acarameladas, pregón que va y viene incesante por el pasillo, chaqueta blanca y cesta al hombro, y, ya instalados, reconocer las caras de otras tardes, Paco en el vestíbulo fumando un cigarrillo con mucha soltura, ya es mayor, pero: ojo no digas nada en casa, o leyendo una revista Muchas gracias, que trae mujeres medio vestidas dentro [93] y unos chistes que les hacen mucha gracia, y yo guardando valientemente el asiento en primera fila sobre la barandilla del anfiteatro, aún no es gallinero, no te vayas a creer, otro día iremos y con lo que nos sobre podremos comprar alguna cosa, y yo no quiero que compremos revistas de esas que no me dejan ver, ni tabaco, sino algo mejor, o ir a ver el final de Los misterios de la selva, que no lo hemos podido ver, estuve con gripe el día que lo echaron.

Van a empezar. Sinfonía, dice el programa, lo primero. Acuden los músicos a la cabecera de la sala, bajo la pantalla, en una covacha con un piano y unos cuantos instrumentos más. Tardan en empezar, los chicos pateamos a compás, crece el polvo de la madera, silbidos, apenas se adivina caramelos y patatas fritas, bombón helado, avellanas acarameladas, y los músicos van a comenzar. Una orilla de silencio se ciñe sobre todo, y dicen los chicos que es el pasodoble de Las Corsarias, y otros que no es eso, y que si de

Todo el año es Carnaval, o de La Gran Vía, y discuten, la gente nos mira rencorosa, y no se oye más que chistar, y toses, y pies arrastrándose por los pasillos, y la gente del patio está muy seria, oyendo la orquesta con los ojos cerrados y la mano en la sien, moviendo la punta del zapato, parecen dormidos sin cabecear. Acaban los músicos y hay unos aplausos muy flojitos, tocan otra vez, y más discusiones por qué será, y, anda, que no dan lata, la película, ya podían empezar, se ha pasado [94] la hora, y más sifones, y gruñidos porque pasa por delante un chico con el impermeable chorreando y nos moja un poco, y ya te has podido secar, y palabros. Va a empezar. Se enciende a la derecha del telón una luna con estrellas, muy coloraditas sobre fondo azul, es que se va a hacer de noche, y los chicos aplauden, gritan, ya está ahí Faty, sudando, gordísimo, intentando entrar en un automóvil muy pequeño, no cabe, todas las figuras se mueven rápidamente, gesticulan, levantan los brazos muy deprisa, los vuelven a bajar, se tocan la cabeza con horror, se ponen en jarras y luego sonrían, y se empujan, un inútil luchar contra la velocidad de movimientos, ni incorporarse al acaecer siempre en ruina, en desolación, y todos se retuercen de risa, súbito reposo: un cartel. Alguien lo lee en voz alta. Y otra vez la mujer que tira de Faty por los pantalones, por el faldón de la chaqueta, le va desnudando poco a poco, y no hay manera, él encajado en el auto pequeñito, que ya ha perdido las ruedas, luego las aletas, ya se cae el motor y Faty ajustadito en la puerta ni para dentro ni para afuera, y llega un león, la mujer levanta los brazos varias veces, los baja otras tantas, huye, y Faty y el león, más desnudez de Faty, el león le come los pantalones, medio calzoncillo, la gente se vuelve loca a carcajadas, todo tiembla, un polvo infinito, no se oyen los letreros, Faty ya sólo vestido con la puerta del auto, y sustos, el león detrás y risas, y si será o no truco, Faty sudando, letrero, sudando, ese vago disfrute de la película [95] cómica en dos partes, algo que se mueve loco en la profunda noche remota de la sala, amanecida inesperadamente, a la izquierda del telón se enciende un sol también rojo, mientras en la pantalla se lee FIN, un ¡ah! contento y largo, insatisfecho.

Descanso. Baja el telón, jugamos a encontrar palabras en los anuncios. Empieza con m, termina con o. Mano, ministerio, mercurio. No, no. Sí, mercurio, Termómetros de mercurio y alcohol, Conde de Romanones, 13, La Previsora. No, no es mercurio. Molino, no. Melanio, Ultramarinos y Coloniales, tampoco. Vencido, me doy: Mocito. Trajes y zapatos para mocito, La Económica, Magdalena, 38... Todo el telón, los horribles monigotes, estufas y salamandras, Peluquería de señoras, Ropa interior Los Pirineos, Grandes Almacenes El Sol, y bebidas El Anciano, Rey de los vinos; Novios, comprad vuestros muebles en La Eficaz, Atocha, 115, y Piel y secretas, consultorio médico de tres a cinco. Bodas y banquetes frente a la Catedral. Un asomarse al mundo de las personas mayores, buscar calles, recordar la esquina donde un día nos llovió o donde vimos un atropello, leer una vez y otra todos los anuncios del telón, El Martillo, almacén de ferretería, loza y cristal, expectación disimulada de la gran película en episodios, mordisqueando el bocadillo de casa, mientras abajo suena, nadie la escucha, la orquesta con su voz mojada, definitivamente entristecida, conversaciones, murmullos, caramelos de limón y menta, avellanas tostadas y acarameladas, será un [96] cuplé de Raquel Meller, terminan y nadie aplaude, y se apaga la luz verdecita del piano, desamparo absoluto, es una tierra sorda el golpe de la tapa en el teclado.

La cinta grande, episodio XV, El poder de las tinieblas, un rayo que al bueno, enmascarado siempre (hasta el último día, el de la boda y el triunfo, no le veremos la cara), le brota del dedo índice y derriba tabiques, hunde acorazados, abate aviones, y siempre llega a tiempo: cuando iban a envenenar a su novia, y rompe el vaso; cuando nuevamente

apresada por los malos le robaban su pulsera-estuche donde guardaba los planos de la isla y sus tesoros, y fulmina al ladrón... La gracia alborotada y suspirosamente muda de Max Linder, de Mary Pickford, de Chiquilín, los saltos enormes de Ricardito, la valentía de Polo o Duncan, el pasmo de Pamplinas o Harold. Los dos pilletes, Los misterios de París, Landrú, Sin familia, la película larga con su previo ribete de risas y de carreras de caballos o de autos, de inundaciones en Aranjuez, del Rey jugando al tenis o poniendo primeras piedras, un trasfondo de música, vals, tango, el tango nuevo que cuando viene Elisa (entonces vamos abajo) le hace llorar, vaho de tarde lluviosa, veinte céntimos la localidad, cuarenta si es numerada, y la Novela de Cine en la puerta, una foto-arte-álbum en cada número, Pola Negri o Francesca Bertini, Douglas Fairbanks o Lon Chaney, y cambiar películas sueltas (una cabeza, un fondo, una escena) en los pasillos, y a ver si [97] dices que he fumado, y nadie quiere llevarse a casa Muchas gracias, revista picaresca, presunciones para el episodio próximo, cómo buscar el dinero, una larga tristeza muriéndose en lo oscuro, el frío de la salida, ¡La Voz y El Heraldo con la lista de la lotería!, horas de cine enterradas en su propio sucederse, acabadamente negro y dilatándose.

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).



editorial del cardo